

DISCURSO XV.

SOBRE EL MODO DE MORIR CON DIGNIDAD Y
FORTALEZA DE ANIMO.

Nam etsi ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala: quoniam tu mecum es. Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt.

Pues aun quando anduviere en medio de sombra de muerte, no temeré males; porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado, ellos me consolaron.

PSALM. XXII. v. 4, 5.

ESTE Salmo presenta la agradable pintura de un hombre piadoso que se goza en la bondad de los Cielos. Echa la vista en derredor de su estado, y su corazón rebosa de gratitud. Quando recuerda la parte pasada de su vida, contempla á Dios como su pastor que le ha colocado en un lugar abundante en pastos, y le ha criado junto á una agua que fortalece. Quando considera la presente, véé á su divino benefactor preparándole un banquete, y vino admirable en presencia de sus enemigos, contra cuyos esfuerzos le dá valor. Quando tiende la vista á lo futuro, confía en la misma bondad, como que continúa su misericordia yendo en pos de él todos los dias de su vida, y llevándole á morar eternamente en la casa del Señor. En medio de estas imágenes de reposo y felicidad, se presenta un objeto capaz de infundir

desaliento, y convertir en tristeza el gozo de la mayor parte de los hombres; y es, la aproximacion de la Muerte. Pero en el animo del Salmista no produjo tal efecto. Con perfecta serenidad y presencia de espíritu véé cercano el tiempo en que ha de pasar por el valle de la sombra de la muerte. La vista, en lugar de abatirle, se le representa como elevando su triunfo, por la seguridad que le inspira la presencia de su guardian Omnipotente. *No temeré males, porque tú estás conmigo;* y siguiendo la alusion con que habia comenzado, se regocija en la esperanza de que el pastor que le ha conducido hasta ahora, le sostendrá con su *baculo* quando atraviere por aquella obscura y peligrosa region, y que con su cayado pastoral le preservará de todos los riesgos.

Tal es la feliz distincion que gozan los hombres buenos, en una situacion la mas formidable para la naturaleza humana. Aquel amenazante espectro que aterroriza á otros, no produce en ellos ningun espanto. Mientras que los hombres del mundo, segun se ha dicho exactamente, *por el temor de la muerte están toda su vida sujetos á esclavitud*, es propio del justo ver á la muerte con semblante risueño. Y puesto que la religion es poderosa para conferirnos tan alto privilegio, aventuremonos á contemplar con firmeza á este ultimo enemigo con quien todos hemos de encontrarnos. Consideremos lo que la muerte es en sí, y por que medios es capaz el hombre de presentarle la cara con animo fuerte. Aunque el asunto sea melancólico, es preciso convenir por otra parte en que tambien es de sumo interes. La conclusion de la vida es un acontecimiento solemne é importante, que todo hombre reflexivo y prudente debe tener á la vista en el tenor general de su conducta. Ninguno puede desempeñar con propiedad su parte sobre el teatro del mundo, sin considerar el modo de terminarla; y empeñarse en desechar el pensamiento de lo que inevitablemente ha de suceder, es el refugio de solos los necios, y cobardes. Debemos sentirnos mas animados á entrar en esta meditacion, si reflexionamos en las superiores ventajas que gozamos como Christianos para vencer el temor de la muerte, sobre las que tuvo aquel hombre santo cuyos sentimientos dan materia á mi discurso. Aquellos grandes objetos que no alcanzó él á ver sino por medio de tipos y figuras, nos han sido revelados claramente. Aquella

dispensacion de gracia que comenzó á manifestarse en sus dias, es consumada en los nuestros. Aquella vida é immortalidad que entonces solo rayó sobre el mundo, brillan al presente con plenitud de luz y esplendor.

Puede considerarse la muerte baxo tres aspectos: como la separacion del alma y cuerpo; como la conclusion de la vida presente; como la entrada á un nuevo estado de existencia. Del primer modo, es mirada como dolorosa y rodeada de agonías. Del segundo, como melancolica y llena de abatimiento. Del tercero, como espantosa y acompañada de alarmas. Una de las primeras cuestiones que ocurren en este punto es, ¿para que fin fué revestida la muerte de todos estos terrores? ¿como baxo el gobierno de un Ser benigno, fué sobrecargado el termino de la vida de tanta afliccion y desconsuelo? Sabemos que á consecuencia de la primer caída, fue impuesta la muerte en castigo al linage humano. Pero jamas exerce Dios severidades innecesarias; y la sabiduría y bondad del plan divino nos serán grandemente ilustradas, observando, que todas las formidables circunstancias que circundan á la muerte, són, en la situacion presente de la raza humana, absolutamente necesarias para el gobierno propio del mundo. Los terrores de la muerte son, en realidad, los grandes guardianes de la vida: ellos excitan en cada individuo aquel deseo de la propia conservacion, que es la primera ley de la naturaleza: reconcilian al hombre con la paciencia necesaria para sufrir las desgracias de la vida: le inducen á sobrellevar con alegría sus trabajos utiles é indispensables; y le retraen de muchos pasos extrañados que amenazarían su seguridad. Al paso que bajo muchos respectos son beneficos al individuo, son al mismo tiempo la salvaguardia de la sociedad. Si la muerte no fuera, como es, temida y aborrecida por los hombres, no podría conservarse en el mundo ningun orden público. En vano estaría levantada la espada de la autoridad: las sanciones de la ley perderían su efecto: el cadalso y el verdugo serían objetos de irrision; y la fuerza de los atrevidos hollaría á su antojo los derechos del mas debil y pacífico. Si á pesar de las restricciones que impone la publica conservacion, son tantos los crímenes de los malvados que perturban la sociedad, que escena de confusion y trastornos no se presentaría cuando los castigos ca-

pítales, ultimo recurso de los gobiernos, no tuvieran influxo para aterrar á los delinquentes

Para fines tan importantes ha dispuesto la Providencia que la conclusion de la vida apareciese como un objeto tremendo, y que el valle de la muerte fuese sembrado de terrores para la aprehension del hombre. En este, como en otros muchos casos, lo que parecía á primera vista acusar á la bondad divina, resulta ser su confirmacion despues de un diligente examen. Pero aunque fuese necesario para producir los mas saludables efectos, que el temor de la muerte obrara como principio poderoso en la naturaleza humana, lo mismo que sus otras propensiones, está aquel expuesto, quando se le dexa sin gobierno, á incurrir en exceso pernicioso. Es tanto el ascendiente que se usurpa sobre el animo de muchos, que degrada su caracter y destruye los fines principales de la existencia. Preservarlo dentro de tales limites que no interrumpa el cumplimiento de los deberes y oficios propios de la vida, es la distincion entre el bravo y el cobarde; y sobreponerse á él hasta punto en que, ni aún por la aproximacion del termino fatal, llegue á abatir nuestro espiritu y á turbar nuestra paz, es la gran diferencia de que goza la virtud sobre la culpa. En todos los tiempos y lugares ha sido estudio de los sabios y reflexivos esta fortaleza de animo. La Filosofia la ha buscado con ahinco como su principal objeto, y ha declarado que el gran fin de su doctrina y disciplina, es disponer á sus secuaces para conquistar el temor de la muerte. Antes, pues, de ocurrir al mas poderoso auxilio de la religion, escuchemos un tanto lo que la razon ha sugerido sobre este asunto. Tal vez su asistencia merece alguna atencion, y aunque la armadura que ofrece no es de prueba completa, puede servir, sin embargo, para desviar ó embotar algunos de los dardos que continuamente está asestando contra nosotros aquel enemigo comun.

En este modo puede suponerse que la razon se dirige á la especie humana para reconciliarla con su suerte.—Hijos de los hombres! os es bien conocido que sois de raza mortal. La muerte es la ley de vuestra naturaleza, el tributo de vuestro ser, la deuda que todos están obligados á pagar.—Con estas condiciones recibisteis la vida, á fin de que estuviéseis prontos á devolverla al momento que

la Providencia os llamase para hacer lugar á otros, que del mismo os seguirán quando llegue su tiempo. El que repugna someterse á la muerte quando la ordena el Cielo, no merece haber vivido. Con igual razon pudierais quejaros de no haber existido antes del tiempo señalado para vuestra venida al mundo, que con la que os lamentais de no vivir mas quando llegue vuestro periodo de partir de él. La prudencia humana debe convenir gustosa con lo que la Providencia ha decretado necesario. De grado ó por fuerza teneis que someteros, ¿y no será mejor que hagais vuestra salida con tranquila conformidad, que ser arrastrados violentamente y por la fuerza? ¿Que privilegio teneis que alegar, ó que argumentos podeis proponer para gozar exencion del destino comun? Todo lo que os rodea es mortal y perecedero. Ciudades, Estados, é Imperios han tenido su periodo fixo. Los mas soberbios monumentos del arte son reducidos á polvo; y aun las obras de la naturaleza envejecen y decaen.—En medio de esta tendencia universal á alteraciones y ruinas, ¿podiais esperar que solo á vuestra maquina se hubiese concedido duracion permanente? Todos los que os han precedido han doblegado la cabeza al golpe de la muerte. Todos los que vendrán en pos de vosotros sufrirán la misma suerte.—El grande y el bueno, el sabio y el ignorante, el principe y el rústico, el afamado y el obscuro, todos viajan por el mismo camino que conduce al sepulcro. En el momento en que esteis expirando, miles de seres por el mundo estarán juntamente con vosotros exhalando el ultimo aliento. ¿Y puede reputarse por gran calamidad lo que os es en comun con quanto vive sobre la tierra; lo que es un suceso tan conforme con el curso de la naturaleza, como lo es que las hojas del arbol caigan en otoño, ó que se desprenda el fruto llegado á plena madurez?

„La pena de la muerte no puede ser de mucha duracion, y probablemente es menos severa que la que habeis experimentado otras veces en la vida. La pompa de la muerte es mas terrible que la muerte misma: la debilidad de vuestra imaginacion es la que le dá el poder de abatir vuestros espíritus; porque quando el alma se eleva á toda su fuerza, casi no hay pasion en nuestra naturaleza que no sea poderosa para sobreponerse al temor de morir. El honor ha desafiado á la muerte; el amor la ha despreciado; la verguenza se ha

arrojado sobre ella; la venganza la ha desdeñado; el pesar, miles de veces, ha clamado por su venida. ¿Y no es extraña cosa que solo la razon y virtud no puedan dar fortaleza para vencer aquel temor que, aun en las almas debiles, han conquistado tantas pasiones? Que inconsecuencia es esta de quejarse amargamente de los males de la vida, y tener al mismo tiempo tanto terror á lo que les pone termino por completo! ¿Quien puede decir que la vida futura no correría llena de desastres y miserias, quando fuese prolongada en conformidad á vuestro deseo? Y en todo caso, ¿es de desear que sea llevada la vida hasta las ultimas heces, y que la helada vejez descargue sobre vosotros todo su acopio de enfermedades y aflicciones? Os lamentais de que habeis de morir; pero si vieseis con propiedad vuestra situacion, tendriais mucho mas motivo de lamentaros si hubieseis de estar encadenados á esta vida por tiempo indefinido, sin posibilidad de soltura.—Por consiguiente, aguardad con animo sereno lo que es en sí natural, y lo que debe ser conveniente puesto que es decreto de los Cielos. Cumplid vuestro deber como buenos subditos de la Divinidad, durante el tiempo que os fué concedido, y alegraos antes bien de que se ha fixado un periodo para vuestra dimision de la guerra y adversidades presentes. Recordad, hombres! que el temor servil de la muerte destruye todos los consuelos de la misma vida que deseais preservar. Mejor sufrir de una vez el golpe de la muerte, que vivir en perpetua miseria por el temor de morir.”

Discursos como estos son quando menos especiosos, y plausibles. Los argumentos no carecen de fuerza, y deben producir algun efecto en los entendimientos discretos y reflexivos. Pero... puede afirmarse que su efecto será sentido quando el espiritu disfruta calma y desahogo; quando el alma discurre sobre la muerte á distancia de ella, mas bien que quando la mira cara á cara. Llegado el momento critico que coloca al alma conturbada y tremula sobre los lindes de un mundo desconocido, los racionios fundados en la necesidad y propiedad serán de muy poco valor para sosegar sus alarmas. A fin de proporcionarle consuelo solido, es preciso darle esperanza; prometerle proteccion; ofrecerle algo de que pueda asirse como de apoyo firme en medio de las agonías de la moribunda na-

turalaza. De aquí se deriva la grande importancia de aquellos descubrimientos que ha hecho la revelacion divina, y de los principios con que esta fortalece al corazon. Procedamos á considerarlos, y á observar su eficacia superior para vencer al temor de la muerte; y á fin de hacerlo con arreglado discurso, parece propio examinar á la muerte por cada uno de aquellos aspectos en que se presenta como mas formidable á la especie humana.

Puede ser considerada, primeramente, como el termino de nuestra existencia presente; como el periodo final de todos nuestros goces y esperanzas. La ultima escena de qualquier curso de accion en que hemos estado empeñados con placer, aun la ultima vista de los objetos que hemos tenido costumbre de mirar cerca de nosotros, raras veces dexan de infundir en el alma un sentimiento de pena y melancolía. ¡Quantas circunstancias concurrirán para aumentar este desconuelo, quando llegue el tiempo de dar nuestro á Dios eterno á la luz del día, á todas las ocupaciones que han exercitado nuestra atencion como ciudadanos del mundo, y á todos los amigos y caras relaciones que han ligado nuestro corazon! ¡Quan aflictivo es para la mayor parte de los hombres el pensamiento de que el sól nacerá, y las estaciones continuarán su giro para otros, pero no mas para ellos, y que mientras sus vecinos prosiguen empleados en los negocios ordinarios de la vida, ellos serán encerrados en una obscura y solitaria mansion, olvidados y separados de la sociedad humana como si jamas hubieran sido! *En la mitad de mis dias iré á las puertas del sepulcro. Busqué en vano el retiro de mis dias. No veré mas á hombre alguno. . . . El tiempo de mi morada sobre la tierra se acabó. Dios cortó el hilo de mi vida como el tejedor el de su tela.* *

Observemos ahora, que este abatimiento á que estamos expuestos en tal coyuntura, será proporcionado al grado de nuestro apego á los objetos que dexamos, y á la importancia de los recursos que nos quedan, desapareciendo aquellos. El que está despidiendose de un pais por el qual ha viajado con satisfaccion, y el que es arrojado de su tierra nativa, con la que ha enlazado toda idea de vecindad y consuelos, estarán poseidos de distintos sentimientos al tiempo de la par-

* *Isaías XXXVIII.*—10, 11, 12.

tida. Pues tal es la diferencia, á la hora de la muerte, entre el hombre bueno y el malo. Este, nada conoce mejor ó mas elevado que el presente estado de existencia. Sus intereses, sus placeres, sus esperanzas, todo lo há concentrado aquí. Ha vivido solo para los goces del mundo. Horroroso, por consiguiente, é insoportable debe serle aquel suceso que le separa para siempre de este globo.— Quando, por el contrario, la cultura de la filosofía religiosa ha formado previamente al alma del Christiano para mas facil y sosegada transicion de la vida mortal. Ella le ha instruido en el juicio propio que haya de formarse sobre la felicidad sublunar. Ella le ha presentado perspectivas mas exaltadas, y preparadole para un gusto mas delicado de goces superiores á los que puede proporcionarle la comun rotacion de las diversiones, ambicion, y placeres mundanos. Ella le ha dado conexiones y alianzas con objetos espirituales, desconocidos á los hombres del mundo. Por esto, aunque los sentimientos naturales de la humanidad le apegan á la vida, se sobrepone al temor pusilanime y afeminado de separarse de ella. Sabía que no le fué dada sino como preparatoria para un estado subsecuente de existencia. Luego que fuese concluido el periodo de preparacion, aguardaba ser removido; y quando la Providencia dá la voz de retirada, dice su á Dios al mundo con serena resolucion y corazon firme. Si la muerte le interrumpe en medio de sus designios, y corta los planes que habia formado en beneficio de su familia y utilidad de su patria, dexa todo esto con tranquilidad en manos de la misma Providencia á que ha tenido costumbre de volver la vista resignadamente; que ha gobernado al mundo con la sabiduría y benignidad antes de que él existiese, y que continuará gobernandolo igualmente, quando ya no será mas. No habiendose dexado á su eleccion el tiempo de su salida, la crée oportuna y conveniente por haberla fixado Aquel que no puede errar. „La edad honorable no se mide por el numero de años, sino que las canas del hombre son la sabiduría, y una vida pura es la ancianidad.” Quando mira á sus relaciones y amigos dolientes al derredor de su lecho de muerte, quando está presenciando el llanto de las criaturas, objetos de su amor y solicitudes, siente, como es natural, la ternura en su corazon; pero no sucumbirá al dolor porque es fortalecido por el pensamiento

de la inmortalidad, y de que solo les está dando un á Dios temporal y no eterno. Entretanto, los encomienda con fervorosa suplica á las bendiciones de aquel Dios á quien ha servido, y mientras el espíritu va separándose de su compañía, oye una voz que lo dulcifica con estas palabras de consuelo. „Dexa tus huérfanos, yo los haré vivir; y tu viuda ponga en mí su esperanza.” *

Pero la muerte es mas que la conclusion de la vida humana. Es la puerta que al mismo tiempo que se nos cierra para el mundo, se nos abre para la eternidad. Baxo esta vista, ha sido y es con frecuencia motivo de terror para los serios y reflexivos. La transicion por que han de pasar, se les presenta como horrenda y espantosa. Vase extendiendo á sus ojos una region desconocida de cuyos confines ningun viajero volvió á traer informes de la recepcion que halló, ó de los objetos que descubrió en ella. El primer pensamiento que por sí mismo se ofrece es, que el espíritu desprendido del cuerpo debe aparecer solo ante el Criador baxo el caracter de su Juez. El estricto examen que ha de sufrir, la imparcial é irrevocable sentencia que oirá pronunciar, y el inalterable estado á que esta le destinará, son formas que van levantándose ante su imaginacion con magestad terrible. Son estas, ideas que el poder de la conciencia fixa en todos sin que haya fuerza humana capaz de rechazarlas. El hombre no puede dexar de considerarse como criatura responsable, ni de ver á la muerte como el periodo en que ha de rendir su cuenta. Tal sentimiento es, para la mayor parte de la especie humana, motivo de terror; para todos, de ansiosa inquietud. Verdad es que, hasta cierto grado, una buena conciencia suministrará consuelo, porque la reflexion de una vida bien empleada produce una inmensa diferencia entre el justo y el pecador. Pero ¿qual es la conciencia tan irreprensible que no sienta el aguijon del remordimiento? ¿Qual la justicia tan pura que pueda presentarse de todo punto segura al escrutinio del gran Escudriñador de los corazones? ¿Quien se atreverá á comprometer su destino eterno sobre su perfecta conformidad con las reglas del deber por toda su vida? ¿En donde está el hombre que meditando con recogimiento sobre tan terrible y decisi-

*Jerem. XLIX.—11.

vo juicio, no se estremezca, y sienta que es cosa horrenda caer en manos de Dios vivo?”

No hay que juzgar de los sentimientos de los hombres á la aproximacion de la muerte, por su modo ordinario de pensar en los dias de salud y descanso. Las vistas que entonces forman son, por lo regular, superficiales; ligeras excusas satisfacen á su entendimiento, y los ejercicios y destrucciones de la vida impiden que la atencion se fixe por largo tiempo sobre objetos tristes y desagradables. Pero, quando sustraídos enteramente de los negocios del mundo, quedan abandonados á sus propias reflexiones sobre la conducta pasada; debilitados sus espíritus por la enfermedad, y penetrada su alma de los terrores de una region invisible, los mas bravos y resueltos suelen caer en abatimiento, y aun el virtuoso corre riesgo de sucumbir baxo el recuerdo de sus errores y debilidades. El tremulo espíritu echa en torno por todas partes una ojeada inquieta y exploradora en pos de algun poder de que abrazarse, de una misericordia á que guarecerse, de una clemencia que sea su escudo y salvacion. Y por eso vemos con quanto ahinco se han recibido todas las ficciones y recursos que la supersticion pudo inventar en varios paises, para acallar las alarmas de los espíritus que parten.

Pues aquí es donde aparece la grandeza é importancia de los descubrimientos que nos ha hecho la Religion, con respecto al gobierno del universo. Aquí, donde triunfa el Christianismo. Aquí, donde despliega las banderas de la gracia y de la clemencia. Para este trance nos reveló al Omnipotente no solo como Criador y Juez, sino como un Padre compasivo, *que conoce nuestra hechura, que se acuerda que somos polvo, que nos compadece como un padre compadece á sus hijos; y en quien hay perdon*, para que pueda ser amado tan bien como temido.—Sin embargo, estas vistas generales de la administracion divina, no serían suficientes para inspirar consuelo pleno, á no haber sido confirmadas por ciertos hechos decisivos á que puede apelar el alma en medio de sus dudas y temores. Dos de ellos nos presenta el Evangelio, particularmente adaptados á la situacion de la naturaleza humana en su mayor extremidad; el Sacrificio, y la Intercesion de Jesu-Christo. No hay sentimiento mas natural á los hombres, que el que la culpa debe ser expiada por el sufrimiento. Todo gobierno es-